
La urdimbre del nuevo tejido galerístico de Barcelona / Mercè Vila Rigat

(Sobre la exposición 'Urdimbre', Galería Zielinsky, Barcelona / elnacional.cat, La Lanza. 2 de junio de 2020)

. . .

La muestra de Diego Pujal (Buenos Aires, 1971), comisariada por Jordi Garrido, reúne doce obras recientes que refuerzan el lenguaje exquisito y depurado del artista. Urdimbre, son los hilos verticales que se mantienen en tensión durante el proceso de tejer. Estos hilos deben ser fuertes y resistentes, porque soportan los de la trama que se van entrelazando a través de ellos. Siempre hay cierto sufrimiento en ellos porque, pese a la elegancia de su forma nunca flácida, nunca pueden flaquear. El resultado de la unión entre quien aguanta –la urdimbre– y quien marea –la trama– da lugar a la tela que Pujal utilizará como soporte para su pintura. Como no podía ser de otra forma, quien da nombre a la exposición no es el hilo que envuelve, sino el que resiste sin torcerse.

La obra de Pujal es firme y fiel como pocas. No hay dudas ni experimentaciones – más allá de las formales– y su evolución es constante y sin estridencias. Cada nueva obra es un paso más hacia la depuración de las formas que, contrariamente a la tensión del soporte, son orgánicas y blandas. Durante la adolescencia y antes de cursar Bellas Artes, Pujal asistía a clases donde dibujaba hasta el agotamiento la figura humana. Al mismo tiempo, leía La interpretación de los sueños de Freud y los tratados de pintura de Da Vinci, también Faucoult, Nietzsche, Kosice, Dalí, Klee o Torres García. Con esta amalgama de referentes en la cabeza desarrolló dos personalidades: por una parte, seguía con los ejercicios académicos ceñidos a la visión anquilosada de la pintura de ese momento y, por otra, gestaba en silencio un nuevo lenguaje que quería dar sentido a códigos y signos a través de las formas. Guiado por la intuición y la premonición, se situó en un territorio conceptual nebuloso donde una especie de masa amorfa se convertía, poco a poco, en única línea de investigación.

Esa masa fangosa que Pujal tenía en sus manos se convirtió en un ser vivo que desde entonces nunca ha dejado de cambiar de forma, que no se agota. Tiene la necesidad intrínseca de moverse y transformarse y lo que hace Pujal es captarlo y congelarlo sobre sus lienzos. Tras dibujarlo en infinitos estados en sus libretas, elige uno, lo explora digitalmente y cuando consigue un retrato lo suficientemente bueno, lo pinta.

No encontraremos un mensaje concreto detrás de cada forma, éste no es el objetivo. Lo único que necesitamos hacer, como espectadores, es plantarnos delante de cada obra y ver qué pasa, si es que pasa algo. El autor se conforma en que cuando contemplamos sus pinturas experimentamos algo parecido a lo que siente él cuando las mira. Ni el mensaje se impone ni los títulos nos ayudarán: Pujal da, en cada obra, una palabra –no un nombre propio, por eso siempre van en minúscula–. A menudo, cuando vamos perdidos en el lenguaje pictórico corremos a leer los títulos para encontrar en el texto una boya a la que cogernos. Aquí, fracasaremos. Sus títulos ni ayudan, ni cierran, ni definen, son palabras con una sonoridad afín a la obra: neologismos, sílabas incongruentes o relaciones de palabras que no entenderemos y que acabarán de despistarnos.

Medio ahogados y a la deriva donde el artista nos ha traído, desistimos y volvemos a mirar la obra desde un nuevo prisma incrédulo y desesperado. Abandonamos la idea de querer descodificar el mensaje y dejamos que la masa amorfa pintada por Pujal conecte con algo, primario y animal, que tenemos dentro. Es entonces cuando comienza todo.